

La Pira.

La selva doméstica.

Manzanas son de Tántalo y no rosas.

Góngora. -

Con manifiesto temor, bajaba el tranvía de Carabanchel la cuesta ~~del paseo~~ de los Ocho Hilos. Al dejar el arco de Toledo, unos grampillas del Paseo Imperial y los Pontones subieron al tope trasero. Iban sin zozobra, empujándose para ver a través de los cristales, el escaparate de la plataforma, atestada de mujeres con cestas, crios mocosos, vintateros y chalanes. El cobrador - capitán de la nave - no podía verlos, agobiado por el número de pasajeros y los incidentes de la recaudación, y así hubieran descendido aquellas tripulantes hasta la glorieta de las Pirámides, si unos turnos de Infantería no les arrojaban la arena del depósito a los ojos. Cegaron a todos, haciéndoles caer o apearse. Los

muchachos se estregaban los párpados chillando.

— ¡Rancheros! ¡Hijos de...

El mas obcecado fue en busca de una piedra de tamaño de medio adoguín y todos persiguieron al tranvía, limpiándose los ojos con los puños, sin dejar de advertir:

— ¡Os vamos a descalabrar!

El chico del gufarró, en su carrera, ensayaba posturas de discóbolo. Cundió un miedo cerval en toda la plataforma

— ¡Quera a tirar!

— ¡Que nos mata!

— ¡Adios, cristales!

— ¡Anda, el otro día ya nos achagaron!

— Pues es una almendra — observó un anciano ^{redio} de cartón.

— ¡No tires! ¡No tires! — chillaban las viejas.

A media pendiente, brincó al estibo un guardia urbano, con ese empuje de gesto que los caracteriza, cual si fueran

a llenar todo el vehículo o encaramarse hasta el trolley. Las mujeres acogieron en subida con gozo y le suplicaron espantara a la chiquillería:

— a ver, esos ^{golpos} ~~golpos~~, guardia...

Con alas en los pies corrían los energúmenos y se enofaban de la autoridad. El guinda no se daba por aludido.

— ¡Pues si que vamos tranquilas! — exclamaban las jóvenes portadoras de zorros y las viejas vendedoras de huevos.

— ¡Pues no se hace el soca!

El guardia debía ser sordo o muy valiente, porque no quiso darse cuenta del peligro.

Los perseguidores no defaban de increpar, amenazantes, a los guapas:

— Te quitamos el ro de la piedra!

Y en la plataforma se comentaba

— ¡Pues le van a machacar la chirostra!...

— ¿a quien?

— al militar.

— Si es un patata - objeto un canetero de zamarra aceitosa y faja azul

El tranvía llegó a la glorieta y ninguno se atrevió a lanzar su proyectil. Se dispersaron los furibundos chicos y la gente empezó a tranquilizarse acometiendo con pullos al tambor

— Anda tú, el del «40», atreverte a bajar

— ¡ Si voy al cuartel!

Atrás quedaba el puente de Toledo con sus perifollos y sus santos. La plataforma se desahagó frente a un lodazal donde freían gallinejas en infernales calderas. Desde allí se veía el río que serpenteaba en su cauce artificial, como un arroyo de nacimiento, amanecido y sumido.

Un porquero barbado, con gafones mugrientos
servicial, y diligente asumió la misión
de bajar capachos y enlatados. Libre de
tan enojosa carga se disparó el tranca
echando chispas, como alma que
llera el diablo, cuesta arriba.

A lo largo de la carretera, un
caserio plebeyo, ~~abigarrado~~^{cuano}, riante,
casi todo de ladrillo rojo con ventanas
de cristales rotos que relucen como
opalos o micas, acera y aguijonea
a los vehículos ^{- más que a las bestias -} para que no desmayen
al subir la pendiente. Y así, para los
que pasan, aquella barrida, inmóvil
y trullida, se truca en un desfile
de copa blanca ~~colgada~~^{pendiente}, apostriada,
placas de seguros rutilantes y ~~adornados~~^{chillonas},
y abigarrados y carteles de candidaturas.

En el destino cotidiano de las cosas
aquella plataforma estaba elegida para
ser teatro de episodios ^{beliosos}. Dos chalequeras
asectaban con cuchufletas a una
~~jovenita~~^{joven} pálida y linda que no pesta-

6.

incaba y con un motin olimpico y gracioso, hacia grandes esfuerzos por desdenarlas. Rígida, envuelta en un abrigo color tierra, se manteni hieratica, pero bajo su sombrero de fieltro rojo se abrían furiosos unos ojos magnificos y ~~contradictorios, de pestañas negras y ent de oro.~~ ~~de pestañas negras y ent de oro.~~

— Pues no lleva carbon en los ojos ni na', — decia una de las chulillas

— Toma, como que si nos mira nos va a tiznar la cara a todos los que vamos aqui — apoyo' la otra.

— Oye, el gaban esta' raído y el güto le debe estar tratando con un depilatorio, pero se ha puesto botas de charol para venir a Parabauchel.

Y se leían con sordina, ~~con una suspensi-~~ ~~hencia~~, ^{en} un regado ofensivo y desquiciante. Paró el tranvia para que pudieran subir unos albañiles

— Anda, que ya estamos — dijo una de las agudas moras.

Por bajar ellas quedaron el pie del estribo los trabajadores, preparando ya el piroso.

Al pasar junto al blanco de sus charcos, una se clavo en el ~~chico~~ ^{piro} y señalando a

los papeles y libros que llevaba la aludida de letró.

— ¡Debe ser supragista!

Violenta, iracunda, la pálida criatura se echó encima de ella y le gritó en la cara

— ¿Y a usted, que le importa?

La chalequera titubeó sorprendida. Luego, al gorgoritar un proyecto de carcajada, inició un movimiento de brazo contra el rojo sombrero, pero la supragista nerviosa y veloz le descargó un golpe en punto cerrado en el entrecejo que la hizo vacilar y salir por la portezuela. A no ser por las manos oportunas de los hombres, diera ~~en~~ su cuerpecito gitano ~~el delicado de su~~ ~~ingenio~~ en las guías de la carretera.

Las voces que dieron las provocadoras se oyeron en toda la provincia. ^{Forcejó} ~~No sacaron~~ la golpeada con los que la sujetaban, pues quería comerse a la señorita del pan-
pringao, pero el cabrador — hábil capitán de la nave — ~~que~~ dio la salida y treparon ^{dos moros del claval} cuantos pudieron, menos las ~~causantes de~~ ^{causantes de} ~~incidentes~~ al brazo que al verse solas y comidas se insultaron mutuamente.

Todos miraron con expectorosa ^{curiosidad} ~~admiration~~ a aquella ^{mujereta de veinte años} ~~señalada~~, débil en apariencia, que apoyada en el saco de la arena, miraba ^{como} ~~se~~ ^{mostraba} ~~se le~~ ^{se le} ~~había~~ ^{había} ~~isto~~ ^{isto} el guante ~~guante~~ ^{roto} al dar el ~~puntazo~~, por el que asomaba un nudillo, ~~como~~ ^{un} ~~petate~~ ^{petate} de iosa.

Al llegar a Carabanchel, se le debió reconocer el renuma al coche, porque entró ~~entre~~ ^{entre} en las calles del pueblo, dando ~~estrepitos~~ ^{estrepitos} alaridos. El caserío, las paredes, el empedrado ~~sugerían~~ ^{la sospecha} ~~una sospecha~~, infundían ~~un~~ ^{un} ~~temor~~ ^{temor} de que todo ~~donde~~ ^{donde} estaba constipado o gotoso en aquel lugarón, hiumedo, huporitos y contrito. En un recodo, ~~peste~~ ^{peste} ~~peste~~ ^{peste} a un estanque sordido, ~~había~~ ^{aparecía} ~~una~~ ^{una} inevitable pareja de la Guardia Civil;

dos hombres olímpicos y aterados, con cara de ^{tenían} ~~tenían~~ ^{aspecto} ~~aspecto de dudar la muerte de las dos ~~escritas~~ ^{escritas} ~~de las~~ ^{de las} ~~que~~ ^{que} ~~les~~ ^{les} ~~acompañaban~~ ^{acompañaban}, ~~estas~~ ^{estas}, ~~mejores~~ ^{mejores} de la provincia de Madrid, ~~monjicos~~ ^{monjicos} ~~antiguados~~ ^{antiguados} ~~de~~ ^{de} ~~cutis~~ ^{cutis} ~~de~~ ^{de} ~~pergaminos~~ ^{pergaminos} ~~de~~ ^{de} ~~humor~~ ^{humor} ~~de~~ ^{de} ~~vinagre~~ ^{vinagre} y humor de vinagre. Esperaban en silencio la vuelta ~~de~~ ^{de} ~~cutis~~ ^{cutis} ~~de~~ ^{de} ~~pergaminos~~ ^{pergaminos}. ~~Como~~ ^{Como} ~~compañación~~ ^{compañación} ~~del~~ ^{del} ~~travieso~~ ^{travieso}. - El sol se iba acabando. ~~a~~ ^a ~~veces~~ ^{veces} ~~protestas~~ ^{protestas} ~~sonas~~ ^{sonas} ~~gallinas~~ ^{gallinas}, ~~sondas~~ ^{sondas}, ~~follos~~ ^{follos}, ~~decanas~~ ^{decanas} y ~~distinguidas~~ ^{distinguidas}, ~~muñecos~~ ^{muñecos} ~~de~~ ^{de} ~~compañía~~ ^{compañía} y ~~respeto~~ ^{respeto}.~~

~~los~~ ^{los} ~~ojos~~ ^{ojos} ~~de~~ ^{de} ~~los~~ ^{los} ~~ojos~~ ^{ojos}

Descendió la ~~infantería~~ ^{bien agolpados} en la esquina de la calle del marqués de Salamanca, y siguió por ella, recidida y ~~frontera~~ ^{veloz}. En los umbrales, las comadres laboriosas estorbaban el paso por la acera angosta y polvorienta, al querer aprovechar la luz de las cines y media ~~en~~ ^{en} la tarde de octubre dorada y brumida. ~~Sobre~~ ^{Sobre} sus regazos se elevaban las tijeras y el hilo encerado de los canetes ~~junto a~~ ^{junto a} los tejidos de invierno, ásperos y oscuros. En los balcones de las casas de un solo piso las venas de moñitos ~~colorados~~ ^{rojos} se recogían con sus bastidores y sus dechados.

Potló por la calle de Manuel Cano. Cami de las acacias algunas hojas quemadas por el estío sobre la pila de una fuente rematada por una figurita. La ~~carici~~ ^{carici} de los brazos húmedos de las aguadoras a los cantaros rechonchos y morenos no producía envidioso halago, como en los tiempos de calina, sino un estremecimiento temeroso. Al pasar bajo un mirador de madera pintada, le dijeron

- Adios, Julia.

- Hola, Amparito; no te había visto

Desde abajo veía sonreír a su amigo, peli-negra y blanca, que acababa de coser una cinta y guardaba los pedacitos entre el pulgar y el índice.

no tan bien que no dejara caer dos o tres fragmentos que se llevó la brisa como mariposas blancas. Vestida ~~de~~ ^{de} una bata fina de percal heliotropo, miraba a la transeunte con sus ojos mojados y no se atrevía a tirar ~~todos~~ los trozos de papel.

— ¡No subes, Julita?

— No, tengo prisa.

Cambiaron una risa discreta, y con ella se despidieron. Amparo ceno el balcón sin arrojar los papelititos. Julia continuó en camino. Sentía debajo de los ojos ~~ese~~ ardor ~~debajo de los ojos~~ que solía seguir a las ^{situaciones} ~~escenas~~ violentas y es como una reliquia de la cólera que enciende los pómulos y desazona el espíritu. ^{Levanta} ~~Levanta~~ red y pagaba su furor la pila de sus guantes alarascada por las finas uñas contra la pasta de los libros.

En la plaza de la Constitución, tres o cuatro señoritas vestidas con abrigos de punto que paseaban cogidas del brazo la observaban de un modo persistente y mortificante. La iglesia de Carabanchel Bajo a la luz última de la tarde, cobraba un color de rosa tan saludable que hacia olvidar su tinte ^{del día} ~~diurno~~, avinado y taciturno, en una convalecencia engañosa y crepuscular. Julia pasó

detrás de la tenería y por un sendero entre castrojos sin labrar aún, llegó a un recinto de pilastras de ladrillo y verja ornosa y torcida, que apartado de la canchera y comunicando ^{con ella} por un camino propio, ofrecía ~~la~~ promiscua ~~aspecto~~ apariencia de quinta de recreo y de almacén de maderas. Había oscurecido subitamente. La claridad del poniente, de una palidez verde y suave de canchales des- causaba sobre ~~el~~ mórbido perfil de un finar. Un lucero desahogado y provocativo, un lucero de joyería brillaba sin competencia, muy bajo, cerca de la tierra, al parecer.

Tiró de un alambre que acababa en una anilla. Sonó una campana quejumbrosa. Una lamina de palastro, pintada de verde, impedía ver desde la cancela el jardín triste y mustio. Julia no se había serenado. Hubiera querido tener allí a la chula, gorda e intrépida, ^{que se había mofado de ella,} para hundirle las uñas en el costro y pisotearla en aquella ^{multitud} ~~blanda~~ besana del senderito por donde había llegado. Le parecía insuficiente el castigo a una insolencia tan dermedida y reiterada, y quizá ~~construía~~ en afán de resar el,

correctivo, intensificándolo, tenía por origen el conjunto de circunstancias favorables que la habían asistido en su defensa. La chalequera estaba al borde de la plataforma; no esperaba acometida alguna; disponía solo de un brazo, pues con el otro llevaba el trabajo envuelto en un pañuelo grosella con arabescos blancos. El miedo retrospectivo, tan frecuente en las mujeres, la asaltó la mente: « Si me quedo en la carretera a volar con las dos flamencas me dan la gran paliza » Pero el femenino instinto de bravura rectificó: « Aunque eso, ya lo hubiéramos visto... » De pronto, en su pensamiento entró de sordina algo ya formulado, una aversión concreta y probablemente familiar, pues la obligó a la declamación interna y silenciosa de esta expresión, precisamente, « No sé como hay quien siente ^{carino} ~~carino~~ o simpatía por la gente del pueblo ».

Se oyeron unos pasos en la arena y la puerta giró torpe y pesada. Una niña ^{como} de trece años, de grandes trenzas y dulces ojos sonrió un momento a la visitante después le ^{le} ~~le~~ ^{largo} las manos sobre la cunca para darle dos besos largos y sonoros

— ¡Cred ^{que ya} no vas a venir nunca! — dijo inocentemente.

Julia se estremeció con los avellanos del jardín agitados por el primer aire frío de la noche. Se

percibía ese olor de hojas muertas y mojadas que dominaba en los últimos días de octubre. ~~La~~
~~sin gotear una fuente.~~ Una fuente goteaba, invisible.

A la derecha de la casa de ladrillo rojo horadada por dos rectángulos de luz en el feto bajo, se veía oscura y amenazadora la sombra de un cobertizo dilatado bajo el cual asomaban troncos de árbol y ramos de tablas marcadas en ^{la superficie} su espesor por letras ^{rojas} ~~escuras~~.

~~Un~~ ^{Un} hombre partía una viga ^{carcomida} con un hacha, sin duda, para facilitar la cremación de las hojas secas que no dejaban de caer. Otro traía del cobertizo astillones y tangos.

~~Pasaron Julia y la niña, culacadas~~

Uno de ellos se echó los tupos a las riendas y dijo:

— Echaremos un plato

. Sacó una petaca reluciente y desgreñada. Pasaron Julia y la niña culacadas.

— Oye ¿quién es esa gachú?

— Anda ¿no la conoces? Es la señorita Julia.

— No se quién es.

El otro se hizo boconia con la mano y se dejó por lo bajo:

«cosa»
 — Es una ~~querindanga~~ de Don Ramiro.

— ¿^{Hija?} No. ~~Otra~~ cosa
 ¿viene aquí?

— ¡Toma! Y aquí ha vivido, ¡como se conoce que
 eres novato!

— ¡Me acuerdo pronto! — Y escupió una buca de
 tabaco. — ¡Vaya un pira que ha debido ser
 el abuelo! ¡~~que~~ No debe tener ^{esa chavala} muchos
 años que su hija Milagros! ¡~~Es una chavala~~
 regia!

El mas viejo se rascó una sien como si
 no quisiera hablar

— Arrima aquellas astillas, Paco. — Luego
 profirió. — ¡Sobrecillo! Desde que ~~vive~~ ^{se fue} aquí
 esta criatura todo ~~parece~~ ^{fue} que ha ~~seido~~ ^{de} a peor.
 Y desde que ha dejado de venir el ~~señor~~ esta
 mas chaleao que antes.

— Pero, ¿«siguen»?

— Aquí apenas viene, pero a él no se le
 va del pensamiento

— ¿Y cuando empezó el lío?

— Debió empezar hace tres años

— Sería ella una cía

— Calcuta, ahora debe haber cumplido
veintim años

— ¿Y lo sabía Doña Filo?

— Al cabo de la calle estaba, — digo, creyó
que en la higuera no se puede estar tanto tiempo
Pero ya sabes de que es esta mujer: una
santa.

— Quite usted de ahí, señor Atanario,
cuando ~~para~~ ^{se} un hombre ^{se} ~~para~~ ^{se} ~~para~~ ^{se}
mujer y a su querida y viven los tres
bajo el mismo techo
~~se~~ ^{se} ~~para~~ ^{se} ~~para~~ ^{se}
vergüenza

— Tracte aquel madero, Jaco y calla,
que para poder hablar hay que pasar
por las cosas.

Julia y Milagros habían entrado en un
recibimiento solado de mosaico. Después de estrechar
de los talles y reír, ^{la niña} ~~Milagros~~ ^{a la vorante} ~~la~~ dejó libre para
que ^{penetrara sola} ~~entrara~~ en el despacho de su padre, ~~ya~~ ^{ya} ~~entró~~
en el aposento rectangular y alargado, una
mesa y dos vitrinas de ébano se destacaban
en la luz rubia que manaba de una lámpara

de lino batido, remedo moderno de las industrias españolas, y que acentuaba el reflejo del papel terciopelo, a flor, pasado de moda, de un color de miel bruta, con el que se armonizaba el breve tapizado ^{de un} ~~de~~ ^{esquina de lino de los espaldos} ~~de~~ ^{de} unas bien labradas y auténticas sillas florentinas de fustes del siglo ~~XVI~~. No había cuadros, ni oleografías, ni grabados colgantes de seda o de, afortunadamente. En un rincón la disonante y juvenil apostura de una mesa de pino destinada al dibujo que reportaba dos tableros y cartabones y tarros de aguadas. Frente a ella ~~se~~ ^{se} una consola y bajo un fanalito ovalado se agitaba el péndulo de un reloj Imperio que sostenía un amorcillo bailarin y dorado a fuego.

Cerca del balcón que defaba ver la enramada del jardín ~~movida~~ iluminada por la fogorata que hacían los cuados del almacén, apoyado en la mesa de ébano un hombre pálido, casi empuentado, de ^{cabellos} ~~pesta~~ y ~~barba~~ barba rubia, abría con un puñal un libro, encima de cactus escritos a máquina

— ¡Buen día, Julia? —

~~Debía tener~~ Se levanto de su asiento y fui hacia la reciénvenida, tendiéndole las manos, vacilantes y sorprendidos. Ella correspondió con un buen apretón de jugadora de tennis y ris con una carcajada franca y animal, sincera y gozosa.

— ¡No me espantabas? ¡Que mal peinado estás! Llévate unas zapatillas feasísimas.

Aquel saludo apenas si provocó una sonrisa disimulada de los labios finos y rojos de aquel hombre de mediana estatura y de gesto melancólico y delicado.

— ¡Que motivo te trae a casa, Julia? Sientate.

Pero la moza no se sentó. Sus ojos grandes y húmedos dorados y negros, un poco boyunos como los de la Helena de los Troyanos, se ~~clavaron~~ descansaron un momento en los ris acules y germanicos del hombre.

— No me ha traído ningún motivo, Ramiro. Me ha traído mi confianza para disfrutar de tu casa y de tu mesa. La hospitalidad, la mesa y mi hospitalidad es la única virtud que necesita antecedentes.

Don Ramiro se mordió los labios. Sospechaba que el

diálogo ~~de~~ iba a ser difícil y espinoso, y muy sereno
acercó un taburete y respondió:

— Todo lo que hay en esta casa, desde el techado hasta la cuna, en bienes, voluntades y servicios, es tuyo, completamente tuyo, mas tuyo que mío.

Para corresponder a la solemnidad del ofrecimiento Julia se quitó el ornamento ^{afelpado} de terciopelo y dejó caer en el suntuoso escabel.

— Te diré por qué he venido. Me he peleado con mi tío Eugenio, es decir, con el no, con élena que ^{es} una asquerosa.

— ¿Por qué has venido con tu prima?

— Por nada. No se puede ^{estar} ~~estar~~ en aquella casa. He decidido vivir sola. Ya tengo habitación en una casa de huéspedes de la calle del Espíritu Santo. He llevado unos libros a Doña Pepita esta mañana y me ha dado doce duros. Con eso empiezo mi vida independiente.

— Mientras esta casa no se hunda, no tienes necesidad de hospedarte en ningún lado.

— No es que tenga necesidad, es que siento deseos de vivir allí.

Don Ramiro volvió los ojos sin mover la cabeza.

y observó atentamente a Julita. En uno de ellos la esclerótica estaba enrojecida por hilillos rojos como si la vigilia o el frío le hubieran congestionado la conjuntiva. ~~Ella~~ La moscueta, miró mostrando los dientes los reflejos del ópalo.

— ¿Quieres que encendamos el quinqué eléctrico? Dame el encendedor.

— No hace falta—respondió él. De la lámpara de bronce forjado caía la luz roja al pasar al través del cristal y los flecos rojos que realzaban el calado trabajo. Después ~~argumentó~~ ~~se~~ ~~preguntó~~ comentó.

— Yo creí que tu prima Elena era bastante formal.

— ¿Qué entiendes por formalidad? ¿Que esté mucho tiempo sin ver o que tenga un amante?

— No se cuáles han sido los motivos que te han hecho repararte de tus fijos.

— Ni se ve mucho, ni está seria siempre, ni es capaz de tener amante. Va al cine y a ~~los~~ cachiporadas ~~incógnitas~~ en que baila con hostleros y clupatintas.

Toda su ambición es casarse, sea con quien sea. Con un hombre. Para ella todos los hombres son iguales. Con el que se decida, ella estará decidida. ¿No te parece repugnante?

Don Ramiro prestó oído a un rumor fugitivo que había pasado detrás de la puerta, y advirtió:

— No hables tan alto, Julia, — sabes — para tutarum.

— ¿Es que ahora Filomena, al cabo del tiempo? — interrumpió la reprendida, en burla.

— No no es por ella, es por Milagritos.

— Pero si siempre delante de ella nos habíamos...

— Ahora ya es una mujercita, y no se que me da.

No puedo explicartelo...

Una evocación interior le turbaba, le confundía. Julia frunció el entrecejo, bella, dolorida.

— ¿Tienes novio ya tu hija?

El hombre contestó con otra pregunta.

— ¿Cómo has podido estar sin veros tanto tiempo?

— Tengo mucho que hacer: dos lecciones diarias, una en la calle de Claudio Coello, la que tu me proporcionaste para en el Páramo de Arguelles. Además voy por las tardes a la Biblioteca a leer a Voltaire. Me gusta mucho la filosofía. Estoy traduciendo un libro de magia.

— ¿Y tu madre?

— En Córdoba sigue con mis hermanos. Van a venir.

Quisiera vivir aquí con ellos.

Don Ramiro continuó su tarea de ^{rasgar} abrir hojas al volumen.

- ¿Y Don Leoncio? - preguntó automáticamente.

Julia riendo alborozada comentó
¡Ay, me he enterado de cosas muy graves de Don Leoncio!

- ¿De mujeres?

- Sí, de mujeres y de otros asuntos.

El hombre consideró a la joven como si no comprendiera su regocijo. Debían separarles hondas diferencias de carácter porque cuando ella veía de la seriedad de él.

- Ramiro, ya sabes de mi familia. Ahora es cortés que pregunte por la tuga ¿y tu mujer?

- Filomena quieres decir, Bien está, bien.

- ¿Y tus hijas?

- Milagros, ya ves, hecha ya una mujer. Alfredo en Inglaterra.

- ¿Y Augusto? - inquirió somnoliento.

Los musculos faciales del señor rubio se contraían; su mano se crispó apretando el puñal. La hoja de acero tembló con luces de cólera y de espanto.

Julita se sentó muy cerca de Don Ramiro echó hacia atrás la cabeza, y con los ojos enlucados ^{mirando} ~~de~~ su garganta rotunda y blanca.

- ¡No quieres decirme nada de tu hijo Augusto?

El puñal seguía temblando en la mano dando unas luces prodigiosas. La garganta parecía hecha de cana de uardos o de acachares. Mostraba, verla tan entera y tan intacta.

- Vete de aquí. Julia, vete de mi lado.

- ¿Te he preguntado algo ofensivo?

- Yo sé que tu sabes como y donde está Augusto y que os escribís.

Ella se levantó del asiento como si se la hubieran fustigado. -

- Mientes tú y miente el que tal diga, Yo me he creído una sola carta a tu hijo Augusto. -

- Calla, por Dios suplico al - cayendo el puñal

25.

en la mesa blandamente. - Te van a oír. -

- No me importa nada